

Reseña

Sheilagh Ogilvie. *The European Guilds: An Economic Analysis*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2019. XVI, 645 pp. ISBN: 0691137544.

Comenzar una historia de los gremios artesanos de Europa con la célebre cita de Adam Smith que les acusaba de ser una «conspiración contra el bien público» dice mucho de Sheilagh Ogilvie y sus pretensiones. De la autora, porque desde el principio se presenta sin dobleces; de sus pretensiones, porque no deja lugar a dudas que va a denunciar los males de una institución a la que ha dedicado muchas críticas en su larga trayectoria científica. El problema de esta monumental obra es casualmente su inicio: el lector descubre pronto que Ogilvie no va a mostrar ni un ápice de compasión por su objeto de estudio. En las 645 páginas del libro no encontramos nada positivo de una institución de persistencia secular en nuestro continente. Si Adam Smith y muchos gobiernos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX juzgaron que los gremios no deberían seguir siendo los protagonistas de la regulación laboral, en 2019 otro juicio sumario se vierte contra ellos.

El libro de Ogilvie es, en realidad, una respuesta al renovado interés que la problemática gremial viene suscitando en las dos últimas décadas. Una nueva visión denominada el «retorno gremial» sostiene que las corporaciones habrían planteado durante su dilatada existencia un nutrido número de soluciones tendentes a aminorar los problemas generados por el mercado en aspectos como la innovación técnica y la formación de capital humano. Estos estudios plantean que estas instituciones deben dejar de ser consideradas como una reliquia del pasado, cargada de estigmas, para convertirse en un sujeto inserto en un contexto histórico. Sheilagh Ogilvie refuta estas ideas desde la primera página de su obra.

Y para afrontar esta tarea se ha valido de una vasta recopilación documental sobre gremios y ciudades europeas, que ha volcado en una base de datos de lo que ella denomina «acciones» de los gremios. En total, 12 051 *observaciones* cuantitativas y 5333 cualitativas extraídas de veintitrés países entre los siglos XI y comienzos del XIX. Observaciones que incluyen datos procedentes de ordenanzas gremiales, junto a otras más cuantitativas, referentes al número de gremios y sus miembros, el precio de pertenecer al gremio, gastos de pleitos....

El recurso recurrente a su enorme base de datos convierte al libro en un trabajo autorreferencial, de manera que todos y cada uno de los comportamientos gremiales se analizan en función de su repositorio documental. Es un acierto que Ogilvie se preocupe por escoger una distribución muy homogénea del espacio y el tiempo en el que se inscriben sus observaciones, pero el desequilibrio historiográfico existente entre países motiva que casi la mitad de las observaciones proceda de los Países Bajos y Alemania. Otro problema reside en la naturaleza de las observaciones: son tan variadas en cuanto a tipología

documental y actores en liza, que cuesta extraer de ellas un comportamiento gremial unívoco en tiempo y espacio, algo que desdice las conclusiones homogéneas de la misma autora sobre los gremios. En este sentido, se intuye pronto que el ejercicio está viciado de raíz, pues la construcción del archivo documental se diseña para responder de forma concluyente a preguntas que presuponen de partida el comportamiento ineficaz de las corporaciones.

Ogilvie defiende una lógica neosmithiana que sitúa a una cierta idea de la libertad de mercado como el centro del sistema económico. Todo lo que restringe el libre mercado atenta contra el desarrollo, la eficiencia o la innovación técnica. Por eso en su estudio los gremios solo despliegan *barreras* contrarias a la libertad de mercado. Amén de un capítulo introductorio y las conclusiones, esas barreras vertebran los ocho epígrafes del libro: las que ligan a los gremios con el gobierno; las de entrada a las corporaciones; las que manipulan el mercado; las que dejan fuera a las mujeres; las que regulan la calidad del producto final; las que constriñen la formación del capital humano; las que lo hacen con la innovación, y las que no solo frenan el desarrollo, sino que lo ahogan y van contra él. Los gremios, en suma, contra la eficiencia del mercado.

El volumen de información que ofrece Ogilvie se enfrenta a problemas relevantes, como los conceptos de eficiencia, economía de mercado o las relaciones entre gremios y otras formas de organizar trabajo y producción. En cuanto a la eficiencia, la virtud de su análisis es cuestionable desde el momento en que soslaya criterios sociales y políticos para centrarse en parámetros económicos e institucionales; sobre la economía de mercado, el estudio parece no entender que esta economía no era exclusiva del capitalismo, y sobre las nuevas formas organizativas, su investigación no contempla que el sistema de fábrica o los sistemas protoindustriales convivieron y, muchas más veces de lo que se piensa, se complementaron con los gremios en aras a controlar al factor trabajo o mantener los niveles de calidad de la producción.

En las páginas del libro se echa en falta una investigación más prolija en algunos temas, como el de la formación del capital humano, máxime cuando después del debate mantenido con Epstein, Ogilvie no aporta información nueva, procedente, por ejemplo, de los contratos de aprendizaje. Y no son convincentes las conclusiones generalizadas en materia de altas tasas de examen durante toda la historia gremial. Pero la lástima es que los ocho epígrafes del libro son repeticiones de la misma idea: la conspiración contra el bien público. Y abramos el libro por donde lo abramos, los gremios siempre aparecen enfrentados con una realidad, la de su oposición desde su nacimiento al mercado.

Ogilvie ha leído mucho, pero una obra tan ingente tiene también sus debos en el apartado de las lecturas, sobre todo en las españolas. Aquí incurre en errores de bulto, como asig-

nar a Madrid 113 gremios en 1659 —la ciudad nunca alcanzó los 70 gremios— o 109 000 habitantes en 1757 (deberían ser 150 000), lo que redundaba en unas conclusiones estadísticas revisables en las tablas 1.1 y 1.2. Añado que un lector hispano que busque una visión distinta de nuestros gremios a la que nos acostumbraron en los años cuarenta o cincuenta, no la va a encontrar. Según Ogilvie, los gremios españoles se encontraban entre los más excluyentes —contra mujeres, judíos, moros e incluso contra esclavos— de todo el sistema gremial europeo. No hay un análisis diacrónico que facilite entender que los gremios estaban permitiendo la entrada de mujeres e incluso de moriscos en varias ciudades castellanas y andaluzas en el siglo *xvi*, al tiempo que las restricciones por cuestiones de sangre no fueron generalizadas ni siquiera en el siglo *xviii*.

En suma, se ha perdido una ocasión para establecer algún punto de encuentro entre los seguidores del retorno gremial y la visión más restrictiva encarnada por Ogilvie. Si se permite un símil muy gremial, a los partidarios de abrir los gremios les ha vuelto a dar un portazo la máxima adalid de los gremios cerrados. Parece que no hay manera de conciliar posturas y encontrar una visión equilibrada. En suma, el libro de Ogilvie se antoja una ocasión perdida para habernos permitido avanzar, con todo el saber acumulado por la autora, en nuevas vías de investigación.

José Nieto Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

<https://doi.org/10.33231/j.ihe.2020.12.015>